

al anticomunismo en cuanto este es expresión del estilo paranoide. Lo cierto es que el sistema capitalista —o neocapitalista si queremos— depende para su supervivencia de la creación de una demología conveniente. De ahí que, parafraseando a Sartre en otro contexto, si el comunismo no existiese, la burguesía tendría que inventarlo. Sólo así puede mantenerse intacto el gigantesco complejo industrial-militar que se nutre de una carrera armamentista predicada sobre el anticomunismo a ultranza.

Pero a pesar de lo dicho no hay duda de que el profesor Hofstadter, desde su perspectiva historiográfica, nos ha brindado un estudio que nos ilustra acerca de dos importantes aspectos de la vida norteamericana. No es necesario estar de acuerdo con su metodología de la historia para percatarse de que su obra es el producto de un investigador competente y de un estudioso de la sociedad norteamericana.

MANUEL MALDONADO DENIS  
Universidad de Puerto Rico

CHARLES T. GOODSSELL, *Administration of a Revolution: Executive Reform in Puerto Rico under Governor Tugwell, 1941-1946*. Harvard University Press.

La "revolución" a que se alude en esta nueva aportación a la literatura sobre Puerto Rico es algo más que un truco retórico. El autor de este estudio sobre la administración de Tugwell usa el término repetidamente a través del libro cuando se refiere a los adelantos acaecidos en Puerto Rico durante el pasado cuarto de siglo. Dedicó el primer capítulo a "la Revolución" y concluye con la aseveración poco alarmante que "una revolución de esta clase, si se administra bien, puede ser un éxito rotundo" (p. 206).

De todos modos debemos aclarar, ¿qué clase de revolución fue ésta? Ya se ve: "tocante a los medios no fue revolucionaria... El cambio ocurrió pacíficamente y de ahí que fuera más bien evolucionario y reformista que revolucionario" (p. 2). Desde cerca de 1960 hemos estado compitiendo constantemente unos con otros, especialmente en esta parte del mundo, para dilucidar quien resulta ser el más revolucionario. De esta manera la experiencia de Puerto Rico desde los años cuarenta ya no es simplemente una exitosa e intere-

sante experiencia más en los procesos electorales pragmáticos y en experimentación económica; es mucho más que una "transformación"; ahora es una "revolución". En política al menos, el antilingüismo y no el semilingüismo parece ser nuestro problema.

¿Qué papel desempeñó el gobernador Tugwell en esta "revolución?" A pesar del dramatismo potencial, aunque contradictorio, del título de su libro me parece que Goodsell tiene dificultad en vincular positivamente a Tugwell con ninguna de las decisiones de la política a seguir asociadas a los cambios políticos y económicos fundamentales que se operaron en la historia reciente de Puerto Rico. En realidad todo lo que el autor le atribuye a Tugwell es el haber presidido sobre una reforma administrativa racional que proveyó las bases para la revolución.

Ahora bien, considero que a pesar del marcado respeto y la gran admiración que el autor tiene por el último gobernador norteamericano en la Isla no es totalmente justo con Tugwell. Este fue algo más que un administrador admirable, inteligente y concienzudo; era un hombre con unas ideas bien definidas sobre el curso que una sociedad debe seguir. A pesar de la opinión contraria a tal efecto que se desprende de este libro así como de los propios escritos y manifestaciones públicas de Tugwell, éste estuvo metido en la política. No era simplemente un administrador "por encima de todo" que reaccionaba como un experto adiestrado e imparcial frente a los comprometidos líderes políticos de la "revolución". (De hecho, Goodsell yuxtapone en una oración [p. 81] los "dominios irracionales de la política" y "los dominios disciplinados de la administración compleja". Yo creía que este tipo de sobresimplificación había pasado de moda hacía algún tiempo con el advenimiento de las nuevas tendencias y variados enfoques para el estudio de la Administración Pública).

Tugwell estuvo envuelto en la política, ya fuese en su carácter de representante del poder metropolitano, como gobernador, como hombre con ideas políticas bien formadas y articuladas, o como el colaborador espiritual —aunque a veces incómodo— de Muñoz Marín. El juzgarlo casi exclusivamente en términos de sus logros en el campo de la reorganización administrativa me parece muy incompleto. Nadie puede negar la importancia de la creación de diversas agencias gubernamentales como el Negociado de Presupuesto; de una Oficina de Personal dirigida por un funcionario especial (aunque tuvo que esperar hasta 1944, cuando se demostró claramente que el poderío del Partido Popular de Muñoz Marín se había cristalizado); de una Junta de Planes (aunque bajo condiciones, a las que Tugwell se oponía, que le impedirían ser de la manera de una "cuarta rama" autónoma

del gobierno que él deseaba); de los comienzos de una "tradición de méritos" en la burocracia pública (aunque el significado de esto en un sistema tan exclusivamente dominado por un solo partido político está abierto a discusión). Todos fueron pasos importantes, tomados en su mayoría bajo el liderazgo de Tugwell, que contribuyeron significativamente al futuro de Puerto Rico. Pero en el campo de las decisiones de la política a seguir —la substancia de la "revolución" en contradistinción a la forma administrativa que nuestro autor tiende a recalcar— el papel de Tugwell fue menos exitoso. Aún así, es raro que no haga mención de la experimentación con las fincas de beneficios proporcionales y su concomitante distribución de tierras bajo la aplicación de la ley que limitaba la tenencia de la tierra a 500 acres; este fue uno de los proyectos más originales e interesantes de Tugwell y aunque fue severamente criticado, no fue un fracaso completo. Al menos merece un comentario pero en este libro no obtiene ninguno. Claro está, la reforma, y redistribución agraria habían cesado completamente por el año 1947, una vez que Tugwell ya no era gobernador. Tal parece que no fue parte de la "revolución" de la que todo el mundo habla en estos días.

Exactamente este es el punto que hay que destacar. Los logros de Puerto Rico que mayormente han estimulado el entusiasmo de los observadores extranjeros, particularmente en los Estados Unidos, son aquellos como la tan elogiada operación Manos a la Obra que entró en plena actividad y desarrollo después de la guerra, cuando Tugwell ya no estaba en la gobernación, y hasta podríamos decir que después que Tugwell estuvo fuera del medio. Realmente, las únicas áreas en donde la visión política de Tugwell para un nuevo Puerto Rico fue aceptada y llevada a cabo con éxito fueron aquellas relacionadas con la incautación pública de los recursos fluviales y eléctricos, y esto es a duras penas un índice de logros revolucionarios. Tugwell no logró obtener el control público de la Compañía Telefónica, y sus sucesores revolucionarios no lo han considerado menester el insistir en este punto por más tiempo. La Compañía Agrícola de Puerto Rico, un proyecto favorito de Tugwell, fue un fracaso (Goodsell describe este fracaso brevemente). El programa modesto de reforma agraria languideció completamente después de la partida de Tugwell.

En lo referente al programa de industrialización, que fue el ingrediente principal y más conocido de la revolución evolucionaria, Tugwell había vetado la primera Ley de Exención Contributiva que en 1944 Moscoso había cabildeado a través de la Legislatura, y se mantuvo opuesto a una política de desarrollo fundamentada en una exhortación abierta a la codicia de los comerciantes de la metrópoli y

a la necesidad de "vender" a Puerto Rico como si este fuese una nueva clase de detergente. Pero una vez Tugwell hubo partido Moscoso tomó vigorosamente la iniciativa y la Operación Manos a la Obra entró en plena actividad.

Por lo tanto, la administración de Tugwell en Puerto Rico, en lo que respecta a la influencia directa sobre la orientación de la política a seguir, no puede clasificarse como un éxito rotundo. Si su gobernación prueba algo, creo que es la ausencia total de poder, posiblemente hasta la irrelevancia, de un gobernador colonial en tratar de controlar la dirección de la política interna de una inquieta colonia aun cuando —hecho que se ilustra nuevamente en la conmovedora paradoja de la experiencia de Puerto Rico— el gobernador colonial está ideológicamente a la izquierda perceptible de los principales líderes políticos nativos. Durante su gobernación Tugwell sirvió a manera de parachoques para los agudos y ridículos ataques de la derecha. Fue el blanco de severos críticos provenientes tanto de los Estados Unidos como del ámbito isleño que de otra suerte hubiesen sido dirigidas hacia los líderes nativos. Estos a su vez, procedieron a consolidar su poder según líneas políticas que al final variaron significativamente del tipo de programa político que al menos aparentemente él hubiera preferido. Este es un rol bastante menos glorificado que el rol que el administrador público profesional está acostumbrado a asumir para sí mismo, pero no es menos importante a pesar de que aquí la importancia es medida en términos de la sociedad política en la cual se está operando, más que por el cálculo frío de una administración exangüe y artificial. La experiencia de Tugwell en Puerto Rico debe ser juzgada en relación a su posición política como gobernador colonial durante los cinco años de su gobernación y no simplemente en términos de la creación de un aparato administrativo o de su habilidad para descubrir ejecutivos jóvenes y prometedores. Estos aspectos son importantes hasta cierto punto y apreciamos la diligencia de Goodsell en documentarlos, pero el enfoque es uno muy modesto y escasamente comienza a narrarnos la historia completa. El énfasis en forma más que en substancia le da al libro una clase de aureola neorromántica y apolítica a pesar de que el tema con el que se supone que brega es intensamente político. El resultado es una mezcla curiosa y necesariamente incompleta de relaciones públicas y erudición.

ROBERT W. ANDERSON  
Departamento de  
Ciencia Política  
Universidad de Puerto Rico